

CAPÍTULO XVIII

CONSIDERACIONES SOBRE LAS CRUZADAS.

Cuando se nos habla de la sangre prodigada en las cruzadas, no se entiende sin duda ponerla en comparacion con los torrentes de ella que derramaron los antiguos romanos, con toda la que corrió en las guerras dinásticas del siglo pasado para la sucesion de España y de Austria, ó en los veinte y cinco años que siguieron al de 1789 ó después de la mitad del siglo presente. Pero ¡qué diferencia entre unas guerras y otras! En las de los romanos se veía á una nacion que, impulsada por sus jefes, iba á conquistar la patria de otros pueblos para hacer esclavos, esterminar á los habitantes, ó á imponerles las leyes y los usos de los vencedores. En las guerras modernas se ve á hombres á quienes se arranca por fuerza de sus hogares, para dar y recibir la muerte sin saber la causa. En las cruzadas toda la Europa se levanta como un sólo hombre, y corre en el ardor de un celo voluntario á emancipar á sus hermanos de un yugo que les oprime, á salvar á los infieles del infierno y á adquirir una eterna recompensa.

Estaban en el espíritu de aquel tiempo.—No fué el concilio de Clermont el promovedor de aquellas empresas, sino el efecto de la opinion pública; así como la Asamblea constituyente no fué la que produjo la Revolucion francesa, sino la que dió testimonio de que existia. Con efecto, basta observar cuál era el sentimiento general entonces. Cruzarse se consideraba como una deuda con que cada uno se creía obligado respecto de Jesucristo: las ciudades enviaban tropas de valientes; los príncipes hacían dinero tomándolo prestado, ó vendiendo sus dominios; los eclesiásticos sus beneficios; el baron enajenaba sus feudos, el poeta esperaba ganar allí la celeste corona, el monje la palma gloriosa de la perseverancia en la fe. La doncella, el anciano, la monja no se espantaban ante los mil peligros que habia que arrostrar en la empresa.

Estaban exentos los cruzados de los derechos de peajes: en los contratos de matrimonio se reservaban los nobles la facultad de cruzarse: la mujer podia impedir á su marido encerrarse en un monasterio, pero no tomar la cruz (1), ni aun cuando tuvieran hijos. El que no sabia como libertarse de un enemigo mortal, el que queria obtener la indulgencia de la Iglesia por sus culpas, se apresuraba á cruzarse; ricos y magnates creían ganar en méritos cuando los males que tenían que padecer los ponían al igual con los más abyectos. Millares de estos devotos peregrinos habian prestado juramento de no regresar á su patria hasta que hubiesen libertado la Tierra Santa. Ahora bien, todo el que faltaba á un voto, no era ya reconocido por la Iglesia como uno de sus hijos; quedaba vil á los ojos de los hombres de honor, al par que el que moría en aquella tierra era honrado como un mártir (2).

Sostenidos por la caridad pública, los peregrinos cantaban alegremente á la tierra prometida, á la patria del Salvador, á la comarca que habia dado cuna á los santos Padres, al teatro de la re-

(1) INOCENCIO III, ep. XVI: *Cum constet quod vocati ad terreni regis exercitum, uxorum non impedit contradictio, liquet quod ad summi regis exercitum invitatos, et ad illum proficisci volentes, predicta debet occasio impedire, cum per hoc matrimoniale vinculum non solvatur.*

(2) En Venecia se permitía á los peregrinos vagar por la ciudad con caballos, cruces y banderas; y se elegían algunos oficiales llamados *Tolomazzi* para que los acompañasen y aconsejasen lo que habian de llevar para el viaje, y ajustasen el flete; sus causas y demandas se decidían sumariamente de noche por los señores; y además el peregrino podia asistir á la procesion del *Corpus Domini*, acompañado de un patricio, el cual le llevaba á su derecha y le regalaba un cirio. MUTINELLI, *Com. de Veneciani*, pág. 118.

conciliacion con Dios; y si mil de ellos perecían, los otros bendecían al Señor porque tantos nuevos testigos de su fe habian subido al cielo. Querían ser amortajados cuando morían con la misma túnica que llevaban al visitar el Santo Sepulcro; los pisanos llevaron de Palestina la tierra con que llenar su cementerio, para poder decir de este modo que estaban sepultados en Tierra Santa. Llámese á esto, si se quiere, error, ignorancia, locura; pero un pensamiento de gloria, de porvenir, de santidad, nacia del centro de aquellas parciales agitaciones del feudalismo; era el primer fulgor de lo bello y de lo infinito entre los ejércitos y los pueblos. En aquella turba que se arrojaba á la muerte para alcanzar el triunfo de lo que creía la buena causa y la verdad, hasta se descubre una preparacion de los tiempos, y ¡ojalá estén cercanos! en que no se haga la guerra sino con la mira de la paz.

¿Se puede calificar de locura el objeto de aquella empresa? Todo inducía á creer que Constantinopla, la primera amenazada por los ejércitos musulmanes, ayudaría con todas sus fuerzas á la empresa: y ésta sin duda se hubiera llevado á cabo, si no hubiera sido necesario mantenerse de continuo en guardia contra la amistad desleal ó contra la hostilidad insidiosa de los griegos. Pero en aquella cloaca de la antigua civilizacion sólo se veía la vida, como se ve en un cadáver corroido de gusanos, y ni aun supo regenerarse con la mezcla de las razas occidentales.

¿Pero eran justas semejantes expediciones? ¿Lo eran á lo menos con arreglo á las ideas de entonces?

Se consideraba á los musulmanes como á otros tantos enemigos de la fe, ocupados en estirparla en todos los lugares con las armas, con los suplicios, con las doctrinas, desde las orillas del Ebro hasta las del Éufrates, y como cristianos se creían obligados á socorrer á sus hermanos, y á reprimir la tiranía del islamismo: como amigos del imperio de Oriente, debían ayudarle á recuperar sus provincias perdidas; como herederos de los derechos y de los agravios de sus padres, tenían que pedir cuenta de los padecimientos á que se les habia sujetado, y que reconquistar las tierras que les habian sido usurpadas.

Los príncipes y los papas, que guiaban ó aconsejaban á las masas, conocían las nuevas amenazas de los árabes que habian ocupado la España, asaltado hasta la capital del cristianismo, obstruido la mitad de Italia, penetrado en Francia; y sabían que toda guerra hecha con detrimento de los cristianos, era santa á los ojos de los sarracenos. No diremos que haya justicia en salvar al mundo de la barbarie, en defender la religion, el pudor de las mujeres, su libertad propia ó la ajena estos; son sentimientos, y en este siglo de cálculo mueven á mofa; pero ¿no tiene toda sociedad el derecho de defender su propia existencia? Y si se encomia á Escipion, que va á herir en el corazón á la rival de

Roma, ¿por qué no se ha de alabar también á los príncipes ignorantes y á los papas fanáticos de la Edad Media, que enviaron tropas á combatir á orillas del Jordan y del Nilo, por una querrela que de otro modo se hubiera decidido, junto al Danubio ó el Sena?

Nuestra época comprende mal el entusiasmo, desde que se ha acostumbrado al estraño espectáculo de ver á la Europa armarse para sostener un imperio musulman, que ya no tiene comercio, industria ni agricultura, ni moral, ni religion, y que no conserva un residuo de vida, sino porque las potencias vecinas no están acordes sobre el modo de repartírselo. Nuestros tiempos son de seguro mucho más ilustrados, pero concedamos también á aquellos su parte de razon, y veremos que su modo de proceder iba aconsejado tanto por la política de los gabinetes, como por la conviccion entusiasta de los pueblos, que en su necesidad de desfogar una superabundancia de fuerza, de sentimiento, de actividad, como en la persuasion de rendir homenaje á Dios quitando la vida á sus enemigos, se arrojaban sin orden sobre ellos, sin prevision, confiando en el Dios que sustentó á Israel en el desierto. De aquí su facilidad en ver por todas partes prodigios y hechos sobrenaturales; ángeles y santos que se aparecían á cada paso, á cada paso revelaciones divinas, casi como en las narraciones de Plutarco y de Tito Livio (3), y aquella intrépida seguridad de alcanzar la palma de los mártires, que hacia arrostrar el hambre, el hierro, la fatiga y la miseria, cantando himnos al Señor, y sin otro pesar que el de no poder espirar con los ojos fijos sobre la Tierra Santa. Por eso las costumbres y los sentimientos nos parecen más dignos de estudiar que los hechos en aquel triunfo de la religion, en aquella gran aventura del feudalismo que forma la gloria popular.

Ventajas.—Cuando una nacion ó muchas naciones reunidas proceden así por conviccion y con un elevado fin moral, es imposible que no resulten de ello para la humanidad grandes ventajas: ahora bien, la primera que se consiguió entonces fué la paz ó las largas treguas que las cruzadas proporcionaron á la Europa. En un tiempo en que el derecho de la espada empujaba á los barones unos contra otros, en que no habia un apartado rincón de tierra donde no se derramase sangre, fué proclamada la tregua de Dios, y desde Francia se propagó á Alemania; pero en vez de proteger sólo

(3) Indudablemente el Taso empequeñeció la escena, colocando mágos y encantamientos en lugar de aquellas creencias eficaces, magníficas, grandiosas, que suponían al cielo inmediatamente interesado en el triunfo de la causa santa. Poco ó nada se menciona la magia, sólo la madre de Kerboga es designada por algunos como maga, y se ha hablado de dos hechiceros que aparecieron sobre los baluartes de Jerusalem durante el sitio y conjuraron á las potestades infernales en interés de su patria, y de esto se prevaleció el Taso.

á los eclesiásticos como antes, en ciertos días y en ciertos lugares, comprendió á la sazón á reinos enteros y por largos años. Por tanto, las cruzadas calmaban los odios intestinos (4), y dirigian su impetuosa indomable á la libertad de la Tierra Santa. Mil veces se interpusieron los papas, ordenando que las armas empuñadas contra los hermanos se volvieran contra los enemigos comunes; protegieron con indulgencias y con excomuniones los dominios y las personas de los que eran considerados como sagrados desde el momento en que habían tomado la cruz. Juan de Courcy no pudo obtener de Juan de Lascy su libertad en Irlanda, sino comprometiéndose por juramento á pasar á Palestina y á no volver nunca (5). Los normandos y otros septentrionales que infestaban las costas, y que hubieran destruido ó estorbado la civilización en las riberas del Báltico y del mar Germánico, desfogaron su ardor belicoso en los países del Asia.

Todavía se hacia conocer mejor la ventaja de aquellas expediciones en el estrecho círculo de las sociedades particulares. Respiraba el campesino mientras que batallaba el barón en Tierra Santa, y no tenia ni pretendia derechos sobre su hacienda, sobre su honor, sobre su vida. Hombres de asesinato y de rapiña cesaban de hacer la guerra á los viajeros y á las aldeas, para llevar á Palestina su actividad sanguinaria (6), y los blasones de guerra

(4) Esta observacion no se escapó sin embargo á los cronistas de entonces, y Faucher de Chartres, al principio de su crónica (*Bibl. de las Cruzadas*, parte 1.^a, pág. 83), dice: «Viendo Urbano que los príncipes de la tierra estaban unos con otros en guerra continua; que en todas partes se violaban las leyes de la paz; que los campos eran destruidos y saqueados; que muchos hombres eran puestos en esclavitud y tratados cruelmente en las prisiones; que sólo eran rescatados con enormes sumas, y que morían de hambre, sed, frío ó en secreto; que las iglesias eran profanadas, los monasterios y las casas entregadas á las llamas, sin perdonar á nadie, quemándose las cosas divinas y humanas; sabiendo además que las provincias del centro de la Romaña habían sido invadidas por los turcos y que los cristianos eran víctimas de la ferocidad de aquellos bárbaros, lleno de compasion y de amor de Dios pasó los Alpes y fué á celebrar un concilio á Chiaramonte.» Más tarde cuando las bandas mercenarias estaban devastando la Italia, Francia y Alemania, se propuso enviar aquellos aventureros á combatir á los turcos; y santa Catalina de Sena escribía á Juan Hakwood: «Por tanto os ruego encarecidamente por Jesucristo, que pues que Dios ha mandado y también nuestro Padre Santo ir contra los infieles, y á vos os agrada tanto hacer la guerra y combatir, no guerreéis más contra los cristianos, porque ofendeis á Dios, sino id contra aquellos; que grande crueldad es que nosotros que somos cristianos, miembros unidos al cuerpo de la santa Iglesia, nos persigamos unos á otros,» etc. *Carta 220*.

(5) Epist. 8 de Inocencio III.

(6) «Esta expedicion (la segunda cruzada) tuvo por efecto, si no produjo otros, purgar la Alemania de aquella raza, que no vivia habitualmente más que de lo que quitaba á los demás.» Krantz, *Sax*, c. 13, *auctore Crist. Berald. de reg. hierosol.*, pág. 214.

quedaban cubiertos con el uniforme blason de la cruz.

Expiacion.—En tiempos en que por una parte se predicaba una moral pura, rigurosa, sin condescendencias, y en que por otra no corregidas las inclinaciones por ciertos miramientos, por la costumbre, por la educacion, y fomentadas por deplorables ejemplos, impulsaban á actos feroces, se conocia el pecado al mismo tiempo de cometerlo, y de repente nacia la necesidad de expiarlo delante de la justicia divina. En su consecuencia, almas desgarradas por el remordimiento, personas deshonradas y celosas, no obstante, de la estimacion y de la honra, iban á pelear al otro lado del mar, para volver en paz consigo propias y con las demás (7).

Habiendo dado muerte dos caballeros á Conrado, obispo de Wurtzburgo, y hecho su cadáver pedazos, se confesaron arrepentidos y fueron condecorados á presentarse al papa vestidos solamente con calzoncillos y con una sogá al cuello, delante de la muchedumbre. El pontífice les impuso por penitencia no volver ya á hacer uso de sus armas más que contra los musulmanes; no gastar veros, arañes ni paños de color, no asistir á espectáculos públicos de ninguna clase, no volverse á casar si quedaban viudos, trasladarse lo más pronto á Tierra Santa para hacer allí por espacio de cuatro años la guerra á los sarracenos, viajando y vestidos de lana, ayunar á pan y agua los miércoles y los viernes, las cuatro témporas y vigiliás y tres cuaresmas, no probar carne más que por Pascua de Resurreccion, por Pentecostés y por Navidad, rezar todos los días cien Padre-nuestros, y hacer otras tantas genuflexiones, y no recibir la Eucaristia más que en el artículo de la muerte. Si alguna vez podian entrar en una ciudad de Alemania, deberian dirigirse llevando calzoncillos por única vestimenta á la iglesia principal, con la sogá al cuello y disciplinas en la mano, para hacer que les azotaran los canónigos después de haberles manifestado la causa.

Lumberd cortó la lengua al obispo de Catnes, en Escocia; habiéndose dirigido luego á Roma para alcanzar su perdon, el papa se lo concedió á condicion de que volviera cuanto antes á su país y se presentara allí durante quince días, vestido sólo con una túnica corta de lana sin mangas, y la lengua atada con un bramante, de modo que saliera de la boca. Exigió que en este estado se presentara con disciplinas en la mano á la puerta de la iglesia y se hiciera azotar, y no quebrantara el ayuno más que por la noche con pan y agua: finalmente, le intimó que fuera á servir tres años á

(7) Talleyrand proponia, durante la revolucion, establecer colonias, como nuevos campos ofrecidos á tantos hombres agitados que tenían necesidad de proyectos, á tantos hombres infelices que tenían necesidad de esperanzas. Este es el caso.

Tierra Santa, no blandir ya las armas contra los cristianos, y ayunar todos los viernes durante once años.

Siendo Roberto esclavo de los sarracenos con su mujer y una hija, se dejó inducir, durante una época de hambre, por mandato del califa, á comerse á esta última y hacerla cocer también con su madre, de la que á pesar de todo no se atrevió á alimentarse. Cuando recuperó su libertad le intimó el papa no comer más carne en toda su vida, ayunar con frecuencia á pan y agua, ir descalzo con una túnica de lana muy corta y el bordon, demandando limosna y no recibiendo más que lo necesario para el día, sin dormir en un mismo lugar dos noches consecutivas; pasar tres años en peregrinacion prosternándose fuera de las iglesias, para aguardar allí la disciplina; no volver á contraer matrimonio, no tomar parte en ninguna clase de juego, rezar cotidianamente cien Padre-nuestros con otras tantas genuflexiones; y pasados tres años, volver á presentarse al papa (8).

Así como los grandes pecadores iban en busca de la paz, los amantes engañados, las almas exarcebadas por los desengaños iban á buscar la paz á aquella tierra; de aquí tantas historias piadosas como matizan este fondo guerrero. Lucía, monja del convento de Santa Catalina de Bolonia se apercibió de que un joven iba cada día á mirarla á la tribuna donde ella oía misa, por lo que no se presentó más que detrás de la celosía. El enamorado jura consagrarse á Dios como aquella á quien adora, y se dirige á Palestina, donde arriesga su vida en los combates. Hecho prisionero y puesto en el tormento para que renegase de su fe, esclama: «¡Virgen santa, casta Lucía, si aun vives, sosten con tus oraciones al que tanto te amó! ¡Si ya estás en el cielo, haz que el Señor me sea propicio!» No bien habia pronunciado estas palabras, cuando quedó sumergido en profundo sueño: al despertar se halla cargado de cadenas, aunque en su patria y cerca del monasterio del objeto de su amor, la cual permanecia á su lado, radiante de hermosura: «*Vives aun, ¡oh Lucía!*» exclamó él.—*Si vivo*, respondió ella; *pero en la verdadera vida. Vé y deposita tus hierros sobre mi sepulcro y da gracias al Señor*. La casta doncella habia muerto el mismo día en que él salió de Europa (9).

Hechos particulares.—Federico Barbaroja, siendo joven, se enamoró de Gela, hija de uno de sus vasallos: correspondió ella á su amor; pero no creyéndose digna de casarse con un príncipe, le decidió á que se cruzara. En el momento de su despedida exclamó Federico: «*Nuestro amor es eterno!*»—*Eterno, sí*, repuso ella, dejando caer la cabeza sobre la de su amante. El parte, triunfa, vuelve: su padre ya no existia, y se encuentra duque. Vuela á

(8) RAINALDUS, 1203, núm. 45; 1202, núm. 10.—INOCENCIO III, *Epist.* VI, 51, 77 y 79.

(9) GHIRAEADACCI, *Historia de Bolonia*, lib. IV.

la casa de Gela; pero no halla allí más que un billete en que lee estas palabras: «Tú eres duque y debes elegir una esposa de clase igual á tí. La felicidad de haber sido tuya por espacio de un año, me deja un recuerdo que me basta para todo el resto de mi vida: nuestro amor es eterno.» Habia ella tomado el velo, y Federico puso en el bosque, donde se habia despedido de Gela, la primera piedra de la ciudad de Gelnhausen.

Contábase en Florencia que Pazzino de los Pazzi habia subido antes que otro alguno á las murallas de Jerusalem, y que en recompensa le habia regalado Godofredo tres astillas del Santo Sepulcro, de que se habia valido, al retorno á su patria, para encender el fuego bendito. Su familia habia conservado desde entonces el privilegio de renovar el fuego el día de Sábado Santo. El cirio destinado á este uso recorria las calles dentro de un carro, que poco á poco se fué enriqueciendo y llenando de adornos; y todavía hoy se conserva esta costumbre, enviando una paloma al coro de la catedral, y quemando muchos fuegos artificiales junto á la casa de los Pazzi. Se enseña en Brescia el estandarte (cruz de oriflama) que el obispo de esta ciudad, Alberto, plantó en 1221 sobre los muros de Damietta; subiendo á ellos al frente de mil quinientos brescianos, hazafia que le valió ser patriarca de Antioquia. En 1160 un sacerdote llevó desde Levante á Bolonia la efigie de Maria, pintada por san Lucas, y la depositó sobre la colina de la Guardia, en la ermita de la piadosa Angela, donde se hizo célebre por los milagros que operaba.

Con tal mezcla de sentimientos sagrados y profanos; con la corrupcion natural del hombre, que hace degenerar las cosas más sagradas; con aquella disposicion enteramente particular á la Edad Media de llevar los principios hasta el estremo; con el desórden que acompañaba á las mejores instituciones, no debe causar estrañeza si sobrevinieron tantos desastres en las cruzadas. Arrancados de los negocios los reyes y los príncipes, dejaron llenos de padecimientos sus Estados para adquirir otros nuevos á gran distancia: nuevas cargas pesaron sobre los pueblos, y se fomentaron las intrigas de la política, tomando por pretesto la religion. El contacto con los orientales propagó entre los europeos la lepra, el fuego sagrado, y quizá también las viruelas. En la época de la toma de Constantinopla perecieron muchas obras maestras del arte (10). Muchos nuevos errores se establecieron ó se propagaron en la época de las cruzadas, como la aficion á la astrologia y á la alquimia, la creencia en la magia, fomentada por tantos cuentos orientales como se divulgaron entre el pueblo y en las cortes.

Religion.—Se abusó de la credulidad para in-

(10) Como la Palas de Scillis y de Dipneo, anteriores á Ciro; el Júpiter olímpico de Fidiás; la Venus Gnidia de Praxiteles, la Ocasion y una Juno de Lisippo.

ventar reliquias, en atención á que eran un testimonio de correrías aventureras, y en breve vinieron á ser objeto de un comercio profano. Se tenía á vanidad poseerlas, contando entre ellas algunas de las mas preciosas, de que se pudiera hacer alarde á la vuelta de la expedición. Pronto hubo una infinidad de clavos, una porción de pedazos de la santa cruz, de vestidos de la bienaventurada Virgen y restos de los patriarcas. Cuando Saladino enviaba la verdadera cruz en regalo al emperador griego, un pisano halló medio de arrebatarla, y cruzando los mares á pié enjuto, se la llevó á su patria (11). Lo propio se contaba de un genovés que había hallado la misma cruz de santa Elena á bordo de un buqué de los venecianos, y la había robado para enriquecer con ella á su ciudad. Algunos monjes trajeron de Jerusalem al monte Casino un pedazo de la tohalla con que Jesucristo secó los pies á los Apóstoles; pero viendo que se creía poco en aquella reliquia, la metieron dentro de un incensario, y al instante se volvió de color de fuego; cuando la sacaron de allí se encontró intacta y engastada en oro, plata y piedras preciosas. En Sens se veneraba parte de la varita de Moisés; en el Anjú una sandalia de Jesucristo; en San Juan de Angeli la cabeza del Precursor. En la caja que depositó san Luis en la santa capilla, estaban la vara de Moisés, el gorro de san Juan Bautista, cabellos y el velo de la Virgen, sangre de Cristo, sus pañales, el mantel de la cena, el paño del lavatorio de piés, el sudario con la santa cara, las esposas, el vestido de púrpura, la corona de espinas, el hierro de la lanza, la caña, la esponja, un pedazo de verdadera cruz, la del Buen Ladrón, y la cruz del triunfo que los emperadores de Constantinopla llevaban á la guerra. La reliquia que estuvo en gran veneración en aquel tiempo, fué la lágrima que virtió Cristo en la tumba de Lázaro. En Aquisgram conservaban la camisa que llevaba la Virgen Maria cuando parió, la ropa de Jesucristo y el paño con que fué cubierto en la cruz, durando quince días la exposición anual de las reliquias. Nada decimos de Roma, donde los cuentos de los sacristanes nos trasladan todavía mentalmente á la época de las cruzadas, y á los prodigios coleccionados en los libros de los *Siete Viajes*. Con efecto, cada reliquia debía tener una leyenda, y si no la tenía se componía; y nunca acabaríamos si quisiésemos referir las revelaciones por las que se descubrieron pedazos del arca de Noé, pelos de la barba de Aaron, leche de Maria, y los milagros con que se justificaban.

Desórdenes.—La impunidad concedida á los cruzados facilitó los desafueros; y esta mezcla de gentes de todos los países fomentó la licencia. Aflojaronse de una manera notable los vínculos de la familia en una época en que san Bernardo podía

(11) Crónica de SANTIAGO DE VARAGINE en los *Rer. It. Script.* XI.

vanagloriarse de haber llenado la Europa de viudas cuyos maridos aun estaban vivos; aumentóse la corrupción, y con ella las infecciones venéreas. Hallaron los monjes en estas peregrinaciones un pretexto para sustraerse á la disciplina: las monjas abandonaban sus piadosos retiros para arrostrar los peligros de un mundo que no debían ya conocer.

Acudía á estas expediciones un inmenso tropel de pobres; y era tal su número en el asedio de Antioquia, que se les regimentó bajo las órdenes de un rey de los pobres. Y los *caballeros sin hacienda, los pobres de Cristo* tenían al parecer pretensiones tanto más altas cuanto mayor era la miseria. Semejante turba no podía pensar más que en el botín; así tal ciudad no fué atacada con preferencia á tal otra, sino porque encerraba más riquezas y más hermosas mujeres. Al lado de estos miserables desplegaban los ricos el más ostentoso lujo; y se divertían en la caza, en las carreras, en los juegos de azar. Hasta tal punto llegaron las cosas, que el papa y los concilios procuraron ponerles freno por medio de reiteradas leyes suntuarias.

Por otra parte al mezclarse tan diferentes pueblos se comunicaban sus malas cualidades, la perfidia de los griegos, la orgullosa grosería de los franceses, la codicia de los italianos, la fastuosa molición de los asiáticos, la violencia desleal de los africanos. Las costumbres de Oriente escitaron á una deplorable imitación á los príncipes europeos, quienes poco contentos con formar serrallos de mujeres, quisieron tener asesinos á su disposición como el Viejo de la Montaña; lo cual provocó más de una vez la indignación de los concilios (12).

Idea moral.—Sin embargo, ningun ejército se preocupó jamás tanto de la idea moral como el de los cruzados: nunca se repararon con tantas fundaciones piadosas las tristes consecuencias de la guerra. Todos saboreaban la virtud, manifestaban santidad y empleaban toda clase de esfuerzos por hacerse mejores. Un remordimiento semejante á la virtud agitaba las almas, y las gentes enriquecidas por la violencia ó por las estorsiones, se apresuraban á restituir lo mal adquirido. Ora en las donaciones, ora en los testamentos, nadie se olvidaba de los hospicios, de los peregrinos, de los enfermos, de los niños espósitos. El señor de Joinville reunió á todos sus vasallos y á sus vecinos, á quienes ofreció la reparación de todos los desmanes que pudiera haberles causado. El conde de la

(12) Se conocen con el nombre de arrogenos, navarros, báscolos, cotereaux, traiverdinos: á menudo fueron confundidos con las bandas armadas, especialmente con los brabanzones que empezaron á vender su valor entonces. Maldijoles el concilio de Letran, en 1179; y cuando se les descubriera, debían ser denunciados al pueblo en los días de fiesta, y perseguidos obstinadamente. Se concedieron dos años de indulgencia á todos los que tomaran parte en esta persecución, con los mismos méritos que para los peregrinos de Tierra Santa.

Marca, famoso potentado de Francia, ordenó en su testamento que se restituyeran todos los bienes que había usurpado.

Si la ambición guió á menudo á los jefes, las turbas eran conocidas por un sentimiento religioso bien ó mal interpretado, pero que no calculaba y se entregaba plenamente al entusiasmo. Entre los caballeros se ve reinar una humildad y una abnegación admirables en medio del orgullo de la época, y entre guerreros avarientos de hazañas y de gloria. A la virtud divina, á prodigios de santos, más bien que á su propio valor, atribuyen el mérito de los triunfos alcanzados: su brazo se debilita mientras confían en sus propias fuerzas, al par que se robustece con vigor invencible cuando sólo Dios les dirige. El gran maestre de los hospitalarios se titulaba guardian de los pobres de Cristo, y sus caballeros llamaban á los enfermos *señores nuestros*. El gran maestre de la orden de san Lázaro debía haber sido leproso. Godofredo no quiso ceñirse la corona real donde Cristo la había llevado de espinas, y cuando los enviados de Samaria se asombraron de verle sentado en el suelo, respondió que bien podía echarse sobre el polvo que le había de cubrir después de su muerte. Tancredo hizo prometer á su escudero que no revelara á nadie una bella acción de que él solo había sido testigo. Al proclamar Celestino IV la cruzada, señala la humildad como la única senda del triunfo. Después de la toma de Constantinopla piden los cruzados al pontífice perdón de su victoria: un historiador cuenta las hazañas bajo el título de *Gesta Dei per Francos*. A mayor abundamiento poseemos dos cartas del soberbio Ricardo Corazón de Leon, al arzobispo de Ruan y al abad de Claravál, en que les da cuenta de sus victorias sobre Saladino, sin hacer la menor alusión á su propia valentía, y sin hablarles siquiera de su persona más que para decir que fué herido de una flecha. Porque Federico II llevó gente orgullosa, se escandalizó la cristiandad y hasta los nuestros los rechazaban. ¿No es suficiente este carácter para separar de los Aquiles y de los Ajax á los héroes de la moderna epopeya?

En medio de las gravísimas desdichas de aquellos dos siglos, la vida se extendía en toda su plenitud hasta los miembros extremos; una era la creencia, uno el deseo de sacrificarse por ella; y el pensamiento supremo de aquel tiempo invadía completamente la vida pública y la privada. Mientras que la diversidad de raza y de gerarquía establecía aun en Europa una inmensa distancia de hombre á hombre, se ve á los soldados de la cruz inspirados por un sentimiento de fraternidad, y los predicadores de la guerra santa adoptaban por tema favorito el origen y el fin común á todos. Al partir prometían los príncipes cuidar solícitamente á los que llevaban bajo su mando. El obispo Ademar repetía: «Todos somos hermanos, hijos de Dios; un afecto recíproco nos une en vínculo espiritual.» Ricardo se arroja en medio del peligro ex-

clamando: «Sería indigno del título de rey si no supiera menospreciar la muerte para defender á los que me han seguido á los riesgos de la guerra.» Luis IX rehusa embarcarse en el Nilo, si los suyos deben emprender su retirada por tierra, y al morir decía: «¿Quién volverá á llevar mi buen pueblo á Francia?» Dirigiéndose á Joinville se espesaba el señor Boulaincourt de este modo: «Primo, cuando paseis al otro lado del mar, no penseis en la vuelta: ningun caballero, sea rico ó pobre, podría regresar sin infamia, dejando en manos de los sarracenos al menudo pueblo, en cuya compañía parte.» Fulques de Chartres escribe: «¿Cuándo se vio jamás reunidas en un solo ejército á tantas naciones de diferentes lenguas; francos, flamencos, galos, alemanes, bretones, alóbroges, loreneses, bávaros, normandos, escoceses, ingleses, aquitanios, italianos, apulianos, íberos, dacios, griegos, armenios? Cuando me dirigía la palabra un breton ó un germano no sabía responderle; pero aunque separados por la diferencia de lenguaje, parecía que no formábamos más que un solo pueblo por nuestro amor á Dios y nuestra caridad respecto de los pobres. Si uno de nosotros perdía algo, el que se lo encontraba lo conservaba cuidadosamente hasta que descubría quién era su dueño á fuerza de indagaciones; y entonces lo restituía de buen grado como cumplía á peregrinos que habían emprendido juntos un viaje piadoso.»

No queremos decir que todas las acciones estuvieran en relación con semejantes ideas; pero á lo menos estas máximas eran proclamadas, y se puede decir que aceleraban los pasos que se daban hácia la igualdad. En el momento en que los primeros cruzados volvían á ganar su patria, los que habían quedado en Levante escribían á sus hermanos de Occidente: «En nombre de Jesús acredited vuestra gratitud á nuestros hermanos cuando regresen á su país; hacédles bien, satisfacéd vuestra deuda respecto de ellos.» ¿Hay cosa más respetable que estos ruegos cambiados entre pueblos distantes?

Las mujeres, que fueron en gran número á Levante con sus maridos ó sin ellos, llevaron sin duda un foco de corrupción; llegando hasta el punto de entregarse á actos de liviandad delante de la tienda de san Luis; pero el poder de un sexo en quien la piedad es natural pudo al menos salvar algunas veces el pudor de las cautivas. Además las mujeres tuvieron también su parte de heroísmo y de desgracias. Florina, hija del duque de Borgoña, moría peleando al lado de Suenon, «hijo único del rey de Dinamarca.» Margarita de Hainaut iba buscando entre los cadáveres el de su marido, muerto por los turcos: otra Margarita defendió á Jerusalem contra Saladino, y volvió sola á Europa, no trayendo más que su casco, su honda y su salterio. Adela, condesa de Blois, haciendo cargos á su marido por haber desertado de la guerra santa, le precisó á volver á ella. Otra mujer que en el sitio de Tolemaida trabajaba en